

exploradores á regresar á Loreto poco tiempo después. Mayorga, que habia salido de España con el padre Rolando Digui, debia haberse embarcado en Matanchel; prefirió, no obstante, andar 400 leguas atravesando la provincia de Sinaloa y Sonora y se dirigió al puerto de Ahomé á fin de recoger los recursos necesarios para su mision. Llevó consigo cinco californios de los primeros convertidos á la fe; dejó á tres de ellos en México con la esperanza de que la belleza del culto y la magnificencia de los templos excitase en ellos respeto y estimacion que participasen luego á sus compatriotas. Uno de ellos cayó enfermo, y los cuidados paternales que los jesuitas le dispensaron no pudieron preservarlo de la mortífera influencia del clima. Atacado de una grave enfermedad, D. Santiago José expresó sentimientos de ardiente fe que edificaron á sus compañeros: “¡Dios mio! exclamaba, hacedme morir si mi vida no es, ya útil para vuestra gloria.” Murió en efecto durante la travesía de Ahomé á Loreto.

CAPITULO XVI.

EL CAPITAN RODRIGUEZ.

El padre Mayorga llegó, en fin, á Loreto, después de una furiosa tempestad. El padre

Salvatierra la describe de una manera tan viva y expresiva, que no podemos menos de citar uno de los fragmentos de su carta.

“La noche del 31 de Enero, dice, fué en extremo oscura y la tormenta era tan violenta, que nos vimos obligados á atarnos al mástil á fin de no ser arrebatados por las olas que pasaban sobre nuestras cabezas, en medio de las rocas é islas de que estabamos rodeados. Los marineros habian estado dia y medio sin probar alimento, por este motivo se hallaban tan desfallecidos y cansados que en su abatimiento abandonaron la maniobra esperando por instantes la muerte. La menor de las desgracias que podia sucedernos, era la de ser arrojados al mar. Los californios se acogian á mí como polluelos; yo tenia entera confianza en ellos, mirándolos como nuevos hijos de la Santísima Virgen, en cuyo servicio corrian aquel riesgo. En fin, puedo asegurar que aunque he viajado mucho, hasta esta vez he conocido los peligros y desgracias á que el hombre está expuesto. ¡Cuánta fe! ¡qué candor de niño, qué ternura de corazon en esta pintura de los californios agrupándose en torno del misionero como polluelos bajo el ala de la gallina que los cria, y el hemistiquio de Virgilio aplicado con tanta gracia, y el que cubre como un escudo á aquellos hijos de la Santa Virgen. Si no hay en esto una verdadera poesia, no sabemos en verdad adonde pueda encontrarse.

El padre iba acompañado del jefe militar de Loreto, el capitán Rodriguez y del padre Igna-

cio Alvarado. Este último fué repentinamente atacado de una enfermedad ocasionada por la fatiga, el cambio de clima y el mal alimento. El visitador Juan María quiso enviarlo á restablecerse á la costa mas saludable de la Nueva España; el padre, profundamente afligido por tal disposicion, se echó á los piés de su superior rogándole le dejase morir en el trabajo. Decia como san Ignacio de Antioquia: "Temo que vuestra caridad me sea perjudicial, porque fácilmente lograriais vuestro objeto; pero yo no podria llegar á Dios si vuestra ternura me aleja el término de mis dias." Dios recompensó esta ardiente caridad, pues el padre gobernó aun por espacio de treinta años con infatigable celo la mision de san José, situada en medio de las montañas. (1) Ayudado por Salvatierra y Juan Ugarte, el padre Mayorga habia reunido un gran número de indígenas á quienes civilizó; fundó una iglesia y en pocos años reunió en otros dos pueblos, san Ignacio y san Juan (2), gran número de salvajes y formó diversas congregaciones que él instruía. Además de una capilla y varias chozas, fundó dos establecimientos para niños y niñas, así como tambien un hospital, sostenidos todos por su ingeniosa caridad; cultivó campos de maíz cerca de san Ignacio, y plantó vides en las cercanías de san

1 Fundada por el marqués de Villa-Puente.

2 Este celo del misionero se extendió al alma y al cuerpo, satisfaciendo las necesidades de ambos; sembró maíz, plantó vides, fundó hospitales y escuelas.

José y de san Juan. El padre Francisco Javier Wagner que le reemplazó, murió allí el 12 de Octubre de 1744, á la sazón precisamente que sus esperanzas se realizaban de una manera satisfactoria.

El descubrimiento de cantones antes desconocidos hizo nacer el proyecto de fundar nuevas misiones; mas desde luego comenzaron las pruebas y dificultades, la vid debe ser podada á fin de dar mas fruto. La barca "san Javier", que servia para el transporte de provisiones, partió de Loreto en 1709 llevando 3,000 pesos con el objeto de procurarse útiles. Asaltada por una violenta tempestad durante tres dias, fué arrojada sobre la estéril costa de los séris, mas arriba del puerto de Guyamas; allí se vió encallada entre los bancos de arena, ahogándose los pasajeros que no pudieron salvarse en la chalupa. Hé aquí otro desastre: los habitantes de aquella comarca, enemigos encarnizados por entonces de los cristianos, y sobre todo de sus vecinos (1), sembraron la alarma entre nuestros viajeros que se dieron prisa á enterrar el tesoro y á reembarcarse en seguida. Mas los séris descubrieron bien pronto el tesoro é hicieron deslizar la barca: los pobres náufragos volvieron á Hiaqui después de muchas fatigas y riesgos.

El padre Juan María habia reconciliado á los séris con los pimas, pero no duró mucho la paz;

1 Las misiones establecidas entre los pimas, los cocomaques y los guyamas.

los seris asesinaron á 40 pimas, y perseguidos por las guarniciones vecinas encontraron refugio en las islas de Valsipuedes que no podian ser abordadas sin bajel.

Advertido de esta catástrofe pudo al fin embarcarse el 6 de Octubre. La barca "Rosario" arribó á Guyamas y partió en seguida escoltada por 14 hiaquis, escolta insignificante en medio de un país habitado por hombres tan bárbaros; pero en la travesía, su palabra llena de caridad y de unción instruía, convertía, y el evangélico encanto de su dulzura y fisonomía, contribuía á aplacar los remordimientos de los seris y de los copocas. Después de sufrir sed por espacio de dos dias, llegó al rio y vió al "san Javier" varado. El resto del acompañamiento se encontraba en situacion deplorable, sin mas alimento que yerbas silvestres. El primer cuidado del padre Salvatierra fué dividir entre estos desgraciados sus propios víveres; pero para tanta gente hubiera sido necesario el milagro de la multiplicacion de los cinco panes. En tal apuro, y cuando no quedaba otra perspectiva que la de la muerte, el padre escribió al marqués de Villa-Puente rogándole cubriese las deudas de la mision. Por fin, los salvajes llevaron un poco de maíz, y con esto pudieron los viajeros ponerse en estado de trasladarse al puerto de san Juan Bautista.

No lejos de allí, los indígenas que habian robado el cargamento se presentaron armados; llevaban á la cabeza á un viejo que los animaba con sus gritos. Juan María se adelantó hácia

ellos con dulce intrepidez. Por medio de señas logró excitar su atencion; en seguida se los hace favorables por medio de una distribucion de cuentas y otras bagatelas que dió al viejo y á los niños. Repentinamente se espantaron á causa de una descarga hecha por la "Rosario," y el resultado fué que presentaran todo el dinero y efectos robados, que escucharan al misionero, se reconciliaran con sus vecinos y quedara de este modo restablecida la paz.

La "Rosario" habia traído socorros; pero fué necesario tanto tiempo para desencallar el "San Javier" que llegaron á faltar los víveres. Informado el padre Juan María de que á treinta leguas de allí existia una guarnicion llamada de Nuestra Señora de Guadalupe, dió noticia al capitan de ella de la situacion que guardaban. El capitan, llamado Francisco Javier Valenzuela, envió desde luego provisiones, viniendo después en persona con nuevos socorros. A la vista de aquellos hombres extenuados por el hambre y las fatigas y que por momentos aguardaban la muerte, el capitan y los soldados se enternecieron hasta derramar lágrimas. En tanto que se restauraba la embarcacion el padre Juan María no estaba ocioso; trabajaba por convertir á los salvajes de la costa, haciendo traducir el catecismo á su idioma por el padre Almazan. Gracias á las recompensas que daba á los jóvenes indígenas su instruccion fué rápida.

Muchos años antes los seris habian pedido misiones; muchos de entre ellos (mas de trescientos), habian venido á establecerse á la mi-

sion del padre Gaspar Tomás (1). Otros muchos lograron la visita del padre Adam Gil, misionero de Populo. Desgraciadamente este, no obstante sus esfuerzos, no pudo llegar á aprender el idioma de aquellas tribus. El buen padre obtuvo permiso de volverse entre los seris pero su mision fracasó á consecuencia de la rebelion de Tarahumora y de las guerras que aquellos tuvieron con los persias y los guyamas, sus vecinos.

El padre Salvatierra se acordó de las solitaciones de estos pueblos, y, devorado de celo en favor de aquella multitud que habita entre los guyamas y la costa opuesta de la California, bautizó á todos los niños que le presentaron los salvajes. A fin de reconciliar á estos pueblos invitó á los jóvenes de ambas tribus para que concurriesen á la gran fiesta que iba á tener lugar con motivo de la matanza y reparto de los animales traídos de la "Guadalupe" para las embarcaciones. El padre sabia bien que su invitacion seria obsequiada. En efecto, se vió acudir á los viejos indígenas llevando á cuestras á sus hijos llenos de confianza filial en el bienhechor universal de aquellas naciones. Los seris regresaron con la promesa de recibir muy pronto misioneros que los instruyesen y velasen por sus intereses.

Luego que la embarcacion estuvo dispuesta, el padre Salvatierra se dirigió al mar, atravesando primero por las islas Salsipuedes, repu-

1 Misiones de Zucuguerpa.

tadas hasta entonces como inabordables; visitó san Javier, la bahía de la Concepcion, en donde habló con el padre Piccolo nombrado para la mision de Santa Rosalia, pasando en seguida á la bahía de san Dionisio, muy contento por haber descubierto una nueva parte del Golfo; siguió luego la costa de los seris á la orilla de las montañas.—El Evangelio no puede ser predicado sino por aquellos hombres de paz de quienes se ha dicho: "Preciosos y benditos son los piés de los que traen la paz." El padre Salvatierra pacificó primero y después evangelizó. La "Rosario," que habia sido enviada á Loreto, escapó afortunadamente de los corsarios ingleses y holandeses.

El uso casi exclusivo de maíz y de carne salada causó muchas enfermedades, y entre otras la viruela. La mayor parte de los niños y porcion de adultos sucumbieron á ella. Esta mortalidad alarmó mucho á los indígenas, cuyos sacerdotes y adivinos se aprovecharon de esta circunstancia para inspirar á los pueblos odio contra los jesuitas. "Ved, decian, como matan á nuestros hijos, rociando sus cabezas con agua nociva (aludian al bautismo), y como hacen morir á nuestros enfermos frotándoles los pies y las manos con aceite maleficiado." Los adivinos trataban, pues, de excitar una rebelion contra los misioneros, pero la sincera adhesion de los neófitos resistió á aquellas pérfidas insinuaciones.

CAPITULO XVII.

—

**CONTRARIEDADES Y SINSA-
bores.**

El padre Peralta fué encargado, en 1711 de hacer reparar la "Rosaaio," y en caso necesario de hacer construir una nueva embarcacion. Los oficiales y marineros abusaron de la poca experiencia del padre en esta materia, haciéndole erogar gastos indebidamente; y no obstante, concluida la reparacion quedó inservible la barca, siendo preciso por lo tanto construir otra. El carpintero encargado de ello era un chino, hombre ignorante y mal intencionado. El navío construido, que costó 22.000 pesos, no duró mas que un año, pues no pudo resistir la fuerza de los vientos y de las olas y se estrelló contra el Cabo san Lucas (1). No es ponderable el desastre de los desgraciados pasajeros. Algunos marineros se arrojaron en el bote que aban-

1 Se tuvo que deplorar en esa ocasion la muerte de seis jesuitas, entre otros el padre Guisci. Por fortuna pudieron escapar los padres Guillermo y Doye, ganando la popa.

donaron á merced de las olas; otros desataron la chalupa y se entregaron al mar en esta frágil embarcacion. En vez de abordar á la California como esperaban, se encontraron en Sinaloa, que dista de la primera como cien leguas. La corriente los arrastró desnudos, transidos de frio, rendidos de fatiga, sin agua, sin viveres; la costa solo les ofrecia por alimento algunas frutas, yerbas y raíces de plantas silvestres. No habia modo de procurarse fuego. Así caminaron penosamente dos dias, á través de un país erizado de matorrales espinosos que era preciso ir franqueando á cada paso á costa de sangrientas heridas.

Llegaron por fin á una planicie, y el gobernador de Tamazula, noticioso de aquellos desastres, les envió viveres y caballos para llegar á poblado. Una vez en Guazave, el padre Francisco Mazerogos los detuvo allí tres dias, empleando todos sus recursos para procurarles alimento y vestidos. Animados los indigenas con su ejemplo, colmaron de atenciones y cuidados á los infelices náufragos. Entonces se reprodujo en cierto modo aquella patética escena de caridad en que los habitantes de Edesa, pobres y ricos, queriendo rescatar á los cautivos de Antioquía, se despojaron los unos de sus mas ricas alhajas, los otros de su pobre menaje, de sus chozas de paja, objetos no menos preciosos y mas necesarios aun en Sinaloa.

El padre Irazoqui, rector del colegio, rivalizó en generosidad. El padre Guillermo, que formaba parte de la expedicion, confortado con la

hospitalidad de sus hermanos se embarcó de nuevo en el "san Javier" con esperanza de arribar á California, pero la embarcacion naufragó por segunda vez, y no logrando su objeto, fué designado este jesuita para la mision de san Juan de Ligui, en 1704.

Sobrevinieron nuevos desastres, penuria absoluta de dinero y de víveres. La audiencia de Guadalajara hizo levantar una informacion acerca de los fraudes y vicios de construccion del navío que pereció. Los constructores fueron castigados, mas este ejemplar produjo poco efecto. El virey cedió á la California un buque llamado "Nuestra Señora de Guadalupe," pero lo valuó en 4000 pesos, y esta cantidad se descontó del subsidio destinado á la mision.

A medida que crecia el celo de los padres se manifestaba mas y mas la malevolencia de parte de aquellos que debieran admirarlos y ayudarlos. Aquella larga serie de desgracias sirvió de obstáculo á los descubrimientos geográficos de Salvatierra, no pudo reconocer ni el golfo de las islas que se extienden hasta el rio Colorado, viéndose obligado á renunciar tambien á la reduccion de los seris y de los tépocas. No obstante todo esto, jamas se desanimaron. Con los pocos recursos de que podian disponer sometieron los padres á su dulce imperio diversas tribus errantes, reuniéndolas de manera que formasen pequeñas ciudades. Los indígenas acudian á recibir la instruccion y no se ausentaban sino para ir á la pesca y recoger frutas silvestres. Los que habitaban á distan-

cia, cerca del mar del Sur, enviaban diputaciones á Juan María rogándole que fuese ó que por lo menos enviase un padre que permaneciera entre ellos.

En 1712 el padre Piccolo, aunque enfermo, atravesó las montañas de Vasademien y se dirigió hácia las tribus acompañado de un corto número de soldados al mando de un capitan, y además de unos cuantos indígenas; encontró á ocho leguas del mar un paraje á propósito para una nueva mision. Los indígenas, encantados, bajaban de todas partes para verle y oírle; esperando fijarle allí le ofrecieron bellos presentes, magníficas plumas, exquisitas pitayas; mas el fundar una mision no es cosa tan fácil: cinco años eran precisos para lograrlo. Piccolo recorrió el país prodigando cuidados en todas partes y recibiendo buena acogida. Muchas tribus, que bajo el nombre de Cadakaman (arroyo de la salvia) habitaban una larga cadena de montañas, no temieron franquear una extension de 40 leguas para ir á suplicar á Francisco María Piccolo que los visitase. El padre se puso en marcha y al cabo de tres jornadas largas y fatigosas llegó á la costa de Amuna. Encontró allí indígenas reunidos de una comarca que él habia recorrido y llamado san Egvide. Prosiguiendo su marcha residió alternativamente en santa Lucía y en Santa Ninfa; por último encontró en la boca del rio Mulege tres tribus que para darle muestras de su respeto y adhesion, le ofrecieron un festin en el paraje mas bello del desierto, que le fué sin duda muy agra-

dable, si bien nuestra sensualidad europea lo habria hallado muy poco delicado. Queriendo después estas buenas tribus suavizarle las fatigas del viaje marcharon á la delantera con el fin de ir separando las piedras, las espinas y demás obstáculos del camino.

Un accidente vino á turbar algun tanto su gozo; las provisiones que ellos llevaban cayeron por casualidad en un charco, de donde se les sacó muy alteradas.

Todos los días se veia bajar de las montañas vecinas una multitud de indígenas que, noticiosos de la venida del misionero, se precipitaban en masa á su encuentro para recibir su bendicion y para ser instruidos y consolados; las mujeres les presentaban sus hijos pidiéndole el bautismo para estas tiernas criaturas; gran número de adultos se hicieron bautizar tambien.

Para coronar esta interesante peregrinacion por entre aquellas buenas gentes, celebró el padre Francisco María una misa que cantó solemnemente bajo una enramada que los indígenas formaron en el sitio mas pintoresco de aquellas poéticas soledades (1).

Seria muy largo referir una por una aquellas apostólicas excursiones siempre maravillosas por el celo del apóstol, por las increíbles fatigas que acompañaban esos viajes, y por los resultados espirituales y temporales que producian.

2 Hasta el año de 1738 fué fundada en este lugar la mision de san Ignacio.

Se creeria oír una de aquellas narraciones imaginarias, hechas por un antiguo bardo á sus oyentes ávidos de emociones. Y sin embargo, tales relaciones no son mas que la sencilla exposicion de acontecimientos que han tenido lugar casi en uesros tiempos, y que se reproducen en nuestros días. ¡Oh! y cómo debe humillarse nuestro orgullo ante estos milagros de la fe y encender nuestra resfriada caridad.

No pasaremos en silencio un episodio que aflagió en extremo al padre Salvatierra. En 1716, queriendo llevar la paz á los guaycuros, llevó consigo tres prisioneros de esta nacion á fin de que hiciesen conocer á sus compatriotas las buenas intenciones de los padres y el generoso trato que de ellos habian recibido. Esta expedicion se componia de cierto número de soldados y de indígenas de Loreto. Al desembarcar, los guaycuros que estaban acampados en la ribera huyeron con sus mujeres é hijos en todas direcciones. Los indígenas de Loreto, al ver este acto de cobardía y temor, se pusieron á perseguir á los fugitivos sin hacer caso de las advertencias y clamores del padre Juan María. Los guaycuros lograron escapar, pero sus mujeres, menos ágiles, fueron alcanzadas por los brutales indígenas que las hubieran hecho pedazos si por fortuna el capitan y algunos soldados no hubiesen llegado á tiempo para evitar mayores crueldades. Este desagradable incidente hizo que aquella tribu fuera poseida de una invencible desconfianza, siendo así que los padres querian ganarla por la confianza y por la

dulzura. Fué preciso renunciar por entonces á aquella saludable expedicion.

Salvatierra, después de hacer algunos regalos á los indígenas que pudo alcanzar, y después de asegurarles que llevaba intenciones pacíficas, dejó la Paz para regresar á Loreto. Llegado allí envió la balandra á Matanchel en busca de provisiones. Por desgracia naufragó la embarcacion; nueve personas se ahogaron, y solo quedó á la mision el "san Javier" que contaba diez y ocho años de servicio.

CAPITULO XVIII.

LA PESCA DE PERLAS.

Luego que el padre. Salvatierra organizó el gobierno civil y espiritual de la California, se pensó en volver á la pesca de perlas, que antes habia suscitado tan grande oposicion de parte de los indígenas.

La California, considerada hoy como una vasta mina de oro, tenia mas fama en aquella época por la abundancia de perlas que sus aguas contenian. La pesca, pues, hubiera podido ser un manantial de incalculable riqueza, tanto para el real tesoro como para los particulares. Pero sucede respecto de los bienes materiales, lo que con las pasiones humanas, que son origen

de discordias. Juan María, á quien se consultó acerca de los medios de regularizar los derechos de pesca, dió sabios consejos al virey de México muy prudentes y llenos de equidad de aquellos que debieran desarmar los intereses privados: "Es justo, decia, permitir la pesca á los habitantes de las costas de Nueva España; este es un medio de aumentar las rentas reales, de estimular la navegacion, de combatir la piratería y de favorecer la llegada de provisiones. La California tendria de esta manera un modo de satisfacer á la madre patria la deuda de su reconocimiento." Así es como trabajando por el bien de las almas aquellos hombres verdaderamente ilustrados, no descuidaban los intereses y el honor de la patria. La Compañía de Jesús no ocultaba, pues, como se ha osado decir, los inmensos recursos de la California para reservárselos exclusivamente. "Seria peligroso, añade, dejar ese derecho á solo la guarnicion que, distraída así de las atenciones del servicio, llegaria á ser mas perjudicial que útil. El virey y su consejo adoptaron las medidas propuestas, prohibiendo en consecuencia la pesca clandestina, por cuyo medio se aseguraba para el erario real la quinta parte que le correspondia y que se regulaba en doce mil pesos.

Pero estas medidas herian aun ciertos intereses, por lo que causaron una viva exasperacion entre los soldados, quienes las tomaron por pretexto para calumniar á los misioneros. ¿Es este, decian, el premio de nuestros trabajos y de las fatigas que nos ha costado la conquista y